

La reina había huido de la corte, y estaba sentada allá en la santa casa de Almesbury, llorando! Solo había con ella una doncellita, una novicia. Iluminaba imperfectamente la estancia una débil luz, medio oscurecida por la invasora niebla que, adherida á la tierra como el sudario al rostro, iba extendiéndose por todas partes. Así es que la luna, aun

que llena, era invisible, y no podía enviar á la tierra su dulce resplandor. Imperaban la tristeza, la oscuridad y el silencio.

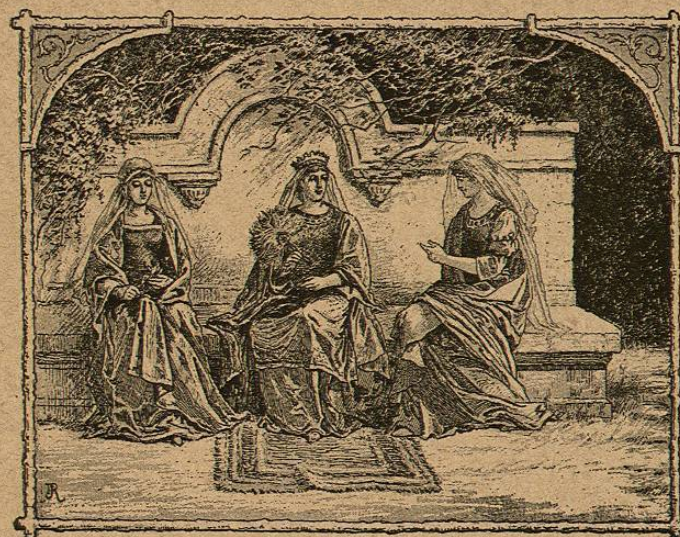
*
* *

La esposa de Arturo se había visto obligada á huir de la corte y á buscar refugio en Almesbury por causa de aquel pérfido sir Modred, que cual astuto animal que agachado acecha su presa, pronto á brincar sobre ella á la primera oportunidad, esperaba, con los ojos fijos en el trono, alguna ocasión propicia para saltar á él y alzarse con el reino. Para preparar la ejecución de su alevoso intento el infame procuraba el desdoro del rey y la pérdida de su popularidad contestando con desdeñosa y significativa sonrisa á las alabanzas que de él se hacían; se juntaba con los señores del Caballo blanco, despreciable ralea del pagano Hengist (1) y trataba de romper la Tabla Redonda, de astillarla en bandos que sirvieran á sus traidores fines; y proseguía estos con más vivo empeño por profundo rencor á Lanzasote.

*
* *

(1) El poeta se refiere á los sajones que se establecieron en la Gran Bretaña á mediados del siglo V, y cuyos primeros jefes fueron, Horas, que murió en la batalla de Aylesford, y Hengist, primer rey de Kent. (N del T.)

Porque sucedió que una mañana, cuando la corte toda, vestida de verde, pero con penachos de diversos colores como los que adornaban el mayo, había vuelto de celebrar, como de costumbre, la fiesta del Mayo, Modred, que todavía no se había despojado de su traje verde; Mo-



dred, todo ojos y oídos, subió á la tapia del jardín, dispuesto á espiar, si podía, alguna secreta infamia, y vió á la reina sentada entre Enid, la mejor de sus damas, y la ligera Bibiana (1), la más falsa y la peor de todas; pero

(1) Véanse los poemas del mismo autor titulados *Geraint y Enid* y *Merlín y Bibiana*, y mi artículo acerca de Alfredo Tennyson que vió la luz en una Revista de Madrid y fué reproducido por varias publi-

más no pudo ver, pues casi en el mismo instante fué apercebido por sir Lanzarote que pasaba por allí cerca y que casualmente fijó los ojos en lo alto del muro, donde el curioso estaba agachado. Y del mismo modo que el hortelano coge de la berza una oruga verde y la arroja al suelo para pisotearla, así de la alta pared medio oculta entre el follaje, Lanzarote cogió á Modred del talón y le arrojó como á un gusano al camino; pero cuando conoció al príncipe aunque cubierto de polvo, el caballero, reverenciando la sangre real en aquel mal hombre, (1) le dió todas las excusas posibles, cortés y caballerosamente, sin ironía ni escarnio, pues en aquel tiempo ningún caballero de los predilectos de Arturo se permitía jamás el escarnio; en cambio si un hombre era cojo ó jorobado, aquellos á quienes Dios había hecho bien formados y gallardos, toleraban en sus labios el escarnio, como una parte de su imperfección, y el rey y toda su Tabla le respondían con dulzura, sin irritarse. El Príncipe al tratar de ponerse en pié, volvió á caer dos ó tres veces lastimándose fuertemente las rodillas, más al fin pudo levantarse ayudado por Lan-

caciones periódicas de Madrid y provincias. En dicho artículo se habla de todas las principales producciones de Tennyson, menos de la comedia *The Falcon* y el volumen de poesías titulado *Ballads and other poems*, publicados mucho después de escrito é impreso el artículo. (N. del T.)

(1) Sir Modred era hijo de Bellicent, Reina de Orkuey y hermana del Rey Arturo. (N. del T.)

zarote, y sonrió, y se fué; pero la pequeña violencia que se le había hecho no se borró ya jamás de su memoria, manteniendo siempre vivo su encono, y alborotado su corazón, del mismo modo que el impetuoso viento riza todo el día algún amargo charquito en torno de una piedra en la pelada costa.

*
* *

Pero cuando sir Lanzarote contó á la reina lo acaecido, ella al principio se rió como una loca, al pensar en la caída de Modred, y en la figura que éste haría estropeado y polvoriento; luego, de pronto, tembló, como la campesina que grita; «¡Yo tiemblo! ¡Alguién anda sobre mi sepultura! (1)» y después rió de nuevo, pero más débilmente, porque á la verdad ella medio preveía que Modred, el artero animal, rastrearía su pecado hasta descubrirlo, y que su nombre sería eternamente un nombre de oprobio. En adelante, pocas veces osó ella afrontar en sus salones, ni en parte alguna, el afilado y zorruno rostro de Modred, su falsa, su hipócrita sonrisa, encubridora del corazón, y la persistente mirada de sus pardos ojos. Por otra parte, las Potestades que cuidan del alma, para librarla de la muerte eterna y salvarla hasta en la última

(1) El poeta alude á alguna supersticiosa creencia que no conocemos. (N. del T.)

extremidad, empezaron á atormentar y afligir á la infeliz reina. Muchas veces, cuando el silencio de la triste noche solo era turbado por el sosegado aliento del rey que junto á ella dormía, rostros horriblos y espantables aparecían á cada instante en la oscuridad de la alcoba, y desaparecían de súbito ó se borraban poco á



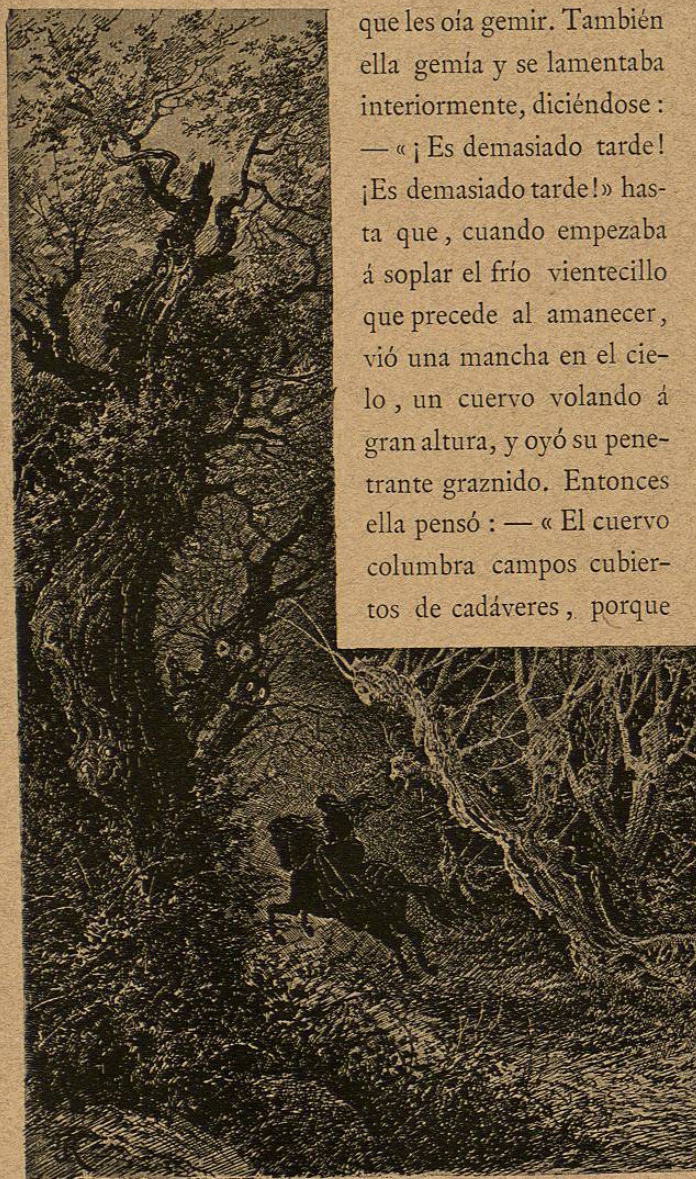
poco para aparecer de nuevo cada vez más horribles; ó un vago temor espiritual — semejante al que experimenta el que, sin poder conciliar el sueño en una casa frecuentada por duendes y en cuyas paredes persevera indeleble mancha de asesinato, oye algún ruido como de goznes que crujen y de puertas que se abren y de pasos que se acercan — la mantenía despierta durante largas horas; ó si se dormía la atormentaba un pavoroso sueño, porque le parecía hallarse de pié en una vasta llanura contemplando la puesta del sol, y que del sol venía rápidamente hacia ella un horrible no sé qué, proyectando negra sombra que se acercaba volando hasta llegar á tocarla, y entonces ella volviéndose, veía su propia sombra que partiendo de sus piés y ensanchándose y ennegreciéndose á

lo lejos, cubría toda la tierra, en la que por todas partes se veían campos talados y ciudades ardiendo. Entonces la infeliz lanzando un grito despertaba azorada.

*
* *

Vivía, pues, la reina en continua y mortal congoja, y sus tormentos, en lugar de desaparecer, iban en aumento, tanto que al fin hasta el sereno rostro del cándido rey y su cariño, y su ilimitada confianza en ella, y aquella cortesía fácil y sin afectación, aquellas mútuas atenciones que impone la vida doméstica, llegaron á ser para ella un suplicio; así es que, cansada de padecer, dijo un día á su amante: — ¡Oh Lanzarote! Déjame, retírate á tus estados, porque si te quedas volveremos á vernos, y si volvemos á vernos alguna desgraciada contingencia hará que el fuego del escándalo, hasta ahora oculto, y hoy fácil de sofocar, se abra paso y arda y humee delante del pueblo y de nuestro señor el rey. » Y Lanzarote siempre prometía marcharse, pero se quedaba, y continuamente se veían y se veían. Y ella dijo: — « Oh Lanzarote! Si es que me amas, vete de aquí! » Entonces concertaron verse una vez más una noche, cuando el rey no estuviese en la corte, y separarse para siempre. Pálidos de emoción se vieron y se saludaron: ella con sus manos en las de él, y él con los ojos fijos en los de ella, lánguidos, abatidos, se sentaron en el borde del lecho, mirándose fijamente y tartamudeando. Era su última hora de amor; un delirio

de desgarradores adioses. Y Modred llevó á sus hechuras al basamento de la torre para que pudieran servir de testigos, y gritando con fuerte voz: — « ¡ Traidor, ven fuera! ¡ Caisteis por fin en el garlito! » hizo levantarse á Lanzarote quien abalanzándose fuera de la alcoba como un león, saltó sobre él y le arrojó de cabeza al suelo. Modred con el golpe quedó aturdido y sus hechuras le levantaron y se le llevaron, y todo quedó en silencio: entonces la reina — « El fin ha llegado, — dijo —; y estoy ya deshonrada para siempre, » Y Lanzarote contestó: — « Mía sea la deshonra y la vergüenza, puesto que mío fué el pecado: pero levántate y huye conmigo á mi fuerte castillo de allende el mar: allí te ocultaré hasta que mi vida acabe, allí te defenderé con mi vida contra el mundo entero. » Ella contestó: — « ¡ Oh Lanzarote! ¿ Quieres tenerme así oculta? No, amigo mío, no; nos hemos ya dicho adios, y debemos separarnos! ¡ Pluguiera á Dios que pudiera ocultarme de mí misma! Mío es el oprobio, porque mío fué el pecado, pues era esposa y tú soltero; pero levántate y huyamos, porque deseo acogerme á sagrado, y resignarme con mi suerte. » Así pues Lanzarote trajo el caballo de la reina, la puso en él y montó en el suyo, y luégo cabalgaron juntos hasta la encrucijada, y allí se besaron y se separaron llorando; porque él, obediente, por amor, al más leve deseo de la reina, se fué para su tierra, y ella huyó hacia Almesbury, corriendo toda la larga noche por los oscuros desiertos y bosques, y oyendo á los génius del bosque y del desierto gemir á su paso, ó pareciéndole



que les oía gemir. También ella gemía y se lamentaba interiormente, diciéndose: — « ¡ Es demasiado tarde! ¡ Es demasiado tarde! » hasta que, cuando empezaba á soplar el frío vientecillo que precede al amanecer, vió una mancha en el cielo, un cuervo volando á gran altura, y oyó su penetrante graznido. Entonces ella pensó: — « El cuervo columbra campos cubiertos de cadáveres, porque